

PETROGRADO, AÑO UNO<sup>1</sup>

Puesto que el relato por escrito de la historia siempre está vinculado al contexto político, no sorprende el hecho de que el final de la Guerra Fría y la caída de la Unión Soviética en 1991 viese nacer una significativa redefinición de la historiografía de la Revolución rusa. Durante las décadas de 1970 y 1980, una joven generación de historiadores, inspirados por la nueva historia y por la «historia desde abajo», plantearon un desafío a la visión «totalitaria» de la Revolución de Octubre que hasta ese momento había prevalecido. Esta perspectiva contemplaba la historia de 1917 en términos de fracaso liberal y extremismo bolchevique, y entendía la toma del poder por parte de los bolcheviques como el golpe de un partido dictatorial que resultó viable debido a una crisis general de la ley y el orden. Los nuevos historiadores sociales, o, como rápidamente fueron denominados, los «revisionistas», ampliaron el espectro histórico con la intención de explorar las consecuencias sociales de la Revolución mediante el estudio del impacto de las Revoluciones de Febrero y Octubre en las zonas rurales, las ciudades, el ejército, la economía y la vida cultural. Estos estudiosos introdujeron un nuevo rigor teórico y validaron el uso de otro tipo de fuentes históricas. Por encima de todo, pretendían trasladar el objeto de la investigación histórica de las elites políticas a las clases subalternas, y luchar contra la habitual representación de la política popular como pura anarquía.

A partir de la década de 1980, esta perspectiva revisionista fue desafiada desde dos frentes. En primer lugar, por parte de los partidarios de la reactivación del paradigma totalitario, que actuaron primero con discreción, a partir del surgimiento del neoconservadurismo en Estados Unidos, y después con más osadía, tras la caída del bloque comunista. Dos grandes obras de la primera generación de representantes del totalitarismo, *The Russian Revolution* (1990) de Richard Pipes y *The Soviet Tragedy* (1994) de Martin Malia, aparecieron justo después del colapso del régimen comunista. Ambas, de modo diferente, acusaban a los revisionistas de quitar importancia a la autonomía de lo político y convertir, en palabras de Malia, el

---

<sup>1</sup> Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks in Power. The First Year of Soviet Rule in Petrograd*, Bloomington, Indiana University Press, 2007, 496 pp.

«proceso social en principio explicativo del comunismo». Peor aún, los revisionistas fueron acusados de pretender «normalizar» el régimen soviético e incluso de exonerar a sus dirigentes de su responsabilidad con respecto al truculento «experimento» que impusieron al desventurado pueblo ruso. Durante algún tiempo, la resucitada perspectiva totalitaria tuvo una influencia considerable en el antiguo bloque comunista: así, por ejemplo, en 1997 fue publicado en Rusia un importante trabajo de Vladimir Buldakov, secretario general de la Comisión Internacional para el Estudio de la Revolución de Octubre, con el título de *Krasnaia Smuta (El tiempo de los disturbios)*. Dicho volumen ofrecía un relato «psicológico» de la Revolución de 1917, analizada como resultado de la «furia de las masas», por una parte, y la «esquizofrenia doctrinal de la *intelligentsia*», por otra.

El segundo desafío al que debieron enfrentarse los revisionistas procedía de la academia occidental, que estaba experimentando los efectos del «giro lingüístico» de la década de 1980 y el nacimiento de una «nueva historia cultural». La atención analítica se aleja de los fenómenos políticos y sociológicos, tales como la crisis de la autocracia, el desarrollo del movimiento revolucionario y la formación de las clases sociales, y se acerca a un enfoque que incide en la fluidez de los grupos sociales y las dinámicas por las que las identidades sociales se construyen de diferente modo en los diversos ámbitos culturales. Entre otras cosas, este enfoque «posrevisionista», construido sobre la obra de los revisionistas a pesar de sus discrepancias con ellos, cuestionaba el énfasis unilateral en el tradicionalismo de la sociedad rusa de las postrimerías del imperio, subrayando en su lugar cómo Rusia, primero, y, posteriormente, la Unión Soviética se contagiaron del movimiento paneuropeo moderno.

A pesar de que nunca fue considerado como un historiador social, Alexander Rabinowitch ha sido desde finales de la década de 1960 una figura destacada en el campo revisionista, y sus investigaciones, dirigidas a desmontar la concepción nacida en la Guerra Fría sobre el Partido Bolchevique como un «arma organizativa» supercentralizada, han sido muy influyentes. En 1968 esbozó por primera vez sus ideas en *Prelude to Revolution*, un estudio de los «Días de julio» de 1917 en el que probó cómo la conquista del poder en Petrogrado no fue el resultado de una conspiración ideada por Lenin y el Comité Central bolchevique, sino una acción militar más espontánea por parte de las bases del Partido que involucró a los soldados de la guarnición de Petrogrado, a los marineros de Kronstadt y a los trabajadores del metal más radicalizados, todos los cuales se mostraron dispuestos a forzar al ejecutivo de Petrogrado a constituir un gobierno basado exclusivamente en los soviets. Esta línea de investigación prosiguió con la publicación en 1976 de su obra más importante, *The Bolsheviks Come to Power*, un estudio detallado que rechaza la idea de Octubre como un golpe militar realizado por un partido ultradisciplinado con escaso respaldo popular. Demostró que la operación contaba con el apoyo de los trabajadores y soldados de la capital, hastiados de la guerra y preocupados por el desempleo masivo y la carestía de los alimentos, y jubilosos ante la perspectiva de un

orden socialista basado en una profunda igualdad entre las clases sociales. Más polémico es su argumento según el cual el éxito de los bolcheviques no se debió al carácter disciplinado y jerárquico del partido, sino a su flexibilidad y al hecho de que «el partido siguió a sus afiliados más que a la inversa». No obstante, si el partido era de hecho «abierto, relativamente democrático y descentralizado», emerge con mayor interés la cuestión de cómo pudo convertirse tan rápidamente en una organización autoritaria y burocrática. Es a esta pregunta a la que el autor ha decidido regresar treinta años después, y sin duda la espera ha merecido la pena.

*The Bolsheviks in Power* es un meticuloso y pormenorizado estudio sobre el primer año del «gobierno soviético» en Petrogrado, periodo durante el cual la ciudad perdió la capitalidad de la Rusia soviética en favor de Moscú. En contra de la tendencia de la historiografía poscomunista, que a menudo adopta una postura condenatoria o moralizante con respecto al asalto al poder por parte de los bolcheviques, Rabinowitch mantiene un tono desapasionado y escrupulosamente medido en sus juicios. Gracias al acceso sin precedentes a los archivos históricos, incluidos los de la FSB [Servicio Federal de Seguridad], sucesora de la KGB, aun cuando pudiera aparecer más documentación en el futuro, puede afirmarse que el libro traza una historia política definitiva de la ciudad de Petrogrado durante el primer año de gobierno bolchevique. A partir de una gran cantidad de materiales que hasta ahora no habían visto la luz y utilizando un planteamiento original, el autor analiza la toma de decisiones a todos los niveles en el seno del Partido Bolchevique en la ciudad, su evolución y la de las instituciones de gobierno, y los cambios en la atmósfera política popular. Aunque en líneas generales la historia nos resulte familiar, los nuevos datos alteran nuestra idea de ciertos acontecimientos de suma importancia, tales como la creación del Consejo de los Comisarios del Pueblo (*Sovmarkom*), el establecimiento de la Checa o la formación de la coalición de los bolcheviques con los socialistas revolucionarios (SR o «eseristas») de izquierdas. Se trata de una historia política que no trata de cubrir los desarrollos económicos, sociales o culturales de manera exhaustiva. No obstante, al situar la emergencia de un Estado unipartidista en medio de múltiples crisis políticas, militares y económicas, subraya la potencia de la empresa revisionista que sitúa los cimientos de lo político en su contexto socioeconómico.

El libro se divide en cuatro partes. La primera cubre el periodo que va entre octubre de 1917 y la disolución de la Asamblea Constituyente entre los días 5 y 6 de enero de 1918. En aquella época, el gobierno bolchevique era frágil y se veía acosado tanto por la resistencia armada como por una huelga de funcionarios del Estado. El análisis de Rabinowitch de estos meses se centra en la lucha de Lenin contra los moderados de su propio partido, cuya influencia el autor tiene buen cuidado en destacar. Estos, liderados por Kamenev y Zinoviev, quienes se habían opuesto abiertamente a la toma del poder, tenían entre sus filas a miembros del Comité Central como Rykov, Nogin y Miliutin, además de a algunos otros que compartían

la preocupación de que cualquier intento por parte de los bolcheviques de gobernar en solitario conduciría inevitablemente al «terror político». Rabinowitch apoya la teoría, formulada en primer lugar por David Mandel, de que la comprensión popular del lema «todo el poder para los soviets» es, en realidad, muy distinta a la que pretendiera Lenin, su principal arquitecto. El «poder soviético» significaba para la mayoría de los trabajadores y soldados una ruptura radical con la política de coaliciones del Gobierno provisional, que desde mayo se había basado en la alianza de socialistas y liberales. Nunca estuvo demasiado claro cuál era la forma precisa de la que el gobierno soviético debía dotarse, pero sí existía un consenso en lo referente a la inclusión en el mismo de todos los partidos socialistas de los soviets, desde los Socialistas Populares, partidarios de la guerra, hasta los bolcheviques.

Los moderados del Partido Bolchevique suscribían por entero esta idea, que, sin embargo, resultaba un anatema para Lenin, quien descartaba que los mencheviques y los socialistas revolucionarios, principales oponentes al poder soviético, pudieran tener un lugar en el gobierno. Como consecuencia, Lenin siguió adelante y constituyó un *Sovnarkom* exclusivamente bolchevique. Sin embargo, los moderados eran lo suficientemente poderosos como para obligarle a él y a sus seguidores, incluido Trotsky, a participar en conversaciones conducentes a la formación de un gobierno de coalición entre todos los partidos socialistas. Rabinowitch parece darle gran importancia a estas conversaciones e insiste en que fracasaron en gran parte debido a la intransigencia de Lenin. A pesar de la buena voluntad de éste, resulta difícil imaginar un acuerdo con los socialistas revolucionarios de derechas y los mencheviques, pues mientras estos últimos creían en la necesidad de un gobierno democrático plural debido a que Rusia se encontraba todavía en una fase burguesa de la revolución, los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierdas, se suponían embarcados en una revolución socialista internacional, lo que implicaba la exclusión del gobierno de las clases privilegiadas y propietarias. Como era previsible, las negociaciones no tuvieron ningún fruto, situación que dejó libertad a los bolcheviques para gobernar durante unas cuantas semanas. La promulgación de diversos decretos sobre la paz y la tierra aseguraron al nuevo gobierno una gran popularidad en Petrogrado, sancionada en noviembre por sus excelentes resultados electorales en las elecciones a la Asamblea constituyente.

El significado de la disolución de la Asamblea, decisión apoyada por los SR de izquierdas, en aquel momento aliados de los bolcheviques en el gobierno, ha sido muy discutido por la historiografía poscomunista. Al fin y al cabo, representó el final del primer gobierno parlamentario de Rusia después de tan solo un día y su último gobierno de este tipo en casi tres cuartos de siglo. Rabinowitch no refleja en su obra lo que significó la disolución, y elige enfatizar el hecho de que la misma señaló el momento de la desaparición del bolchevismo moderado. Es cierto que la disolución provocó escasa oposición popular, pues los campesinos que se muestra-

ron deseosos de participar en las elecciones de noviembre habían perdido su interés por la Asamblea una vez se hubieron asegurado sus exigencias sobre la tierra de la burguesía y la aristocracia terrateniente. Sin embargo, el estrépito de los disparos que recibió a las decenas de miles de personas que demostraron su apoyo a la Asamblea el 5 de junio, seguido de su brusca clausura horas más tarde, da cuenta del deseo de los bolcheviques de empujar la revolución no sólo contra los propietarios sino también contra los socialistas moderados que aún contaban con un amplio apoyo.

La segunda parte del libro se centra en las sañudas divisiones que se abrieron en las filas bolcheviques como resultado de las prolongadas negociaciones de paz con Alemania. Éstas concluyeron en marzo de 1918 con el avance del ejército alemán sobre Petrogrado, la firma del draconiano Tratado de Brest-Litovsk y la precipitada salida del gobierno hacia Moscú. De nuevo destaca Rabinowitch el papel de Lenin, quien estaba convencido de que en diciembre de 1917 no era posible firmar una paz democrática universal y que debían aceptarse los términos impuestos por Alemania, por muy gravosos que resultasen. En esta ocasión, fue el ala izquierda del partido, formalmente constituida como la facción comunista de izquierdas, la que se opuso a Lenin. Esta facción constituía en Petrogrado una mayoría en el seno del partido en la ciudad y sus distritos. Apoyada por los socialistas revolucionarios de izquierdas, argumentaba que la firma de esa «paz obscena» minaría fatalmente la revolución en Alemania, y rogaban que se intensificase la guerra de guerrillas tras las líneas enemigas en la esperanza de que esto despertase la resistencia popular contra los ocupantes. Aunque en años posteriores del mismo siglo xx se viviesen episodios exitosos de una guerra de guerrillas de este tipo, los informes de los soldados rusos que huían en masa del frente sugieren que Lenin estuvo muy acertado al negar las posibilidades de éxito de una acción de ese tipo.

Precisamente en el propio título del libro de Rabinowitch encontramos una de las cuestiones que aborda con mayor dedicación. Para el autor, el orden político que se desarrolló en Petrogrado durante el primer año de poder bolchevique fue el del «gobierno de los soviets» más que el gobierno del partido, tal como se afirma frecuentemente. Los soviets de los distritos urbanos, poderosas organizaciones responsables del mantenimiento del orden, la distribución de los alimentos, la educación, la vivienda, la salud pública, el bienestar y el reclutamiento de soldados para el Ejército Rojo, operaban con gran independencia respecto de la dirección del partido. La organización del mismo en la ciudad era débil, entre otros motivos por el continuo trasvase de militantes hacia organismos gubernamentales, el Ejército Rojo o los destacamentos de abastos, circunstancias que redujeron el número de militantes en Petrogrado de unos 50.000 en octubre de 1917 a 13.472 en junio de 1918 y a un mínimo de 6.000 en septiembre. Hasta mediados de marzo, sin embargo, el dominio de los comunistas de izquierdas en el partido de la ciudad enfrentó a éste con el

soviet de Petrogrado, bajo el control de Zinoviev, por entonces un leal leninista. Esta situación tuvo como consecuencia que el gobierno de Petrogrado recayese globalmente y a escala de distrito en los soviets, donde la hegemonía bolchevique nunca fue muy sólida.

En la tercera parte del libro, «El poder de los soviets en la encrucijada», el autor sopesa las crisis internas y militares en las que se sumió la ciudad entre marzo y julio de 1918. Cuando la guerra civil se extendió de la región meridional del Don a las periferias del antiguo imperio, el «almirante» Shchastnyi organizó la evacuación de la flota del Báltico hacia Kronstadt para evitar su hundimiento por parte de las fuerzas alemanas y finlandesas. Trotsky quiso ver en este movimiento un delito «contrarrevolucionario» e hizo que Shchastnyi fuese juzgado y fusilado el 22 de junio. Basándose en materiales de los archivos de la Checa y de la Armada, Rabinowitch concluye que Shchastnyi era «casi o completamente inocente» y que su conspiración sólo existía en la imaginación de Trotsky. Mientras tanto, en Petrogrado, la miseria causada por la escasez de alimentos y el desempleo masivo condujo a una importante desvinculación de la clase trabajadora con respecto al régimen, cuyas dinámicas Rabinowitch no explora completamente. En lo fundamental, parece que tomó la forma de un crecimiento de la apatía hacia la política. Además, entre una franja significativa de trabajadores supuso adoptar la convicción de que los comités fabriles, los sindicatos y los soviets de distrito ya no representaban sus intereses, lo que a su vez conllevó la creación de una oposición más articulada al régimen. Esto se reflejó en la práctica en el apoyo a la Asamblea extraordinaria de delegados fabriles, una iniciativa menchevique que, dados los desastrosos resultados obtenidos en las elecciones a la Asamblea constituyente, supuso un asombroso éxito. Aunque inicialmente la Asamblea se concentró en las necesidades básicas de la población, para mediados de mayo sus cabecillas ya barajaban la idea de utilizar esta organización de amplia base como un instrumento para derrocar al gobierno bolchevique. Enfrentados a un verdadero desafío de su autoridad, y ante las protestas contra la escasez de alimentos y los descarados intentos de manipular las elecciones a los soviets, los bolcheviques recurrieron cada vez más a menudo a la represión, llegando a disparar a mujeres y trabajadores de los suburbios de Kolpino y Sestroretsk. Rabinowitch sostiene que el clímax del descontento popular llegó en junio de 1918 con una rebelión de obreros y minadores en la planta de armamento de Obukhov, donde el descontento por la escasez de alimentos se transformó en un llamamiento a favor del sufragio universal y por una nueva convocatoria de elecciones a la Asamblea constituyente. Éstas fueron las circunstancias, junto con el asesinato del carismático líder bolchevique Volodarskii el 20 de junio de 1918, que marcaron la génesis del terror rojo en la ciudad.

Esta tercera sección del libro examina la alianza entre los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierdas. Al contrario de lo que se ha venido diciendo hasta ahora, la firma del Tratado de Brest-Litovsk no mar-

có el final de la cooperación entre ambos grupos, aunque sí terminó con su alianza en el *Sovnarkom*. En el Consejo de Comisarios del Oblast del norte, creado a primeros de mayo después de que Petrogrado dejase de ser la capital, los eseristas de izquierdas se hicieron con cuatro de los trece puestos disponibles. Rabinowitch evalúa positivamente la coalición y señala el hecho de que los eseristas de izquierdas, cuya importancia en número crecía en aquella época, ayudaron a los bolcheviques de Petrogrado a sobrellevar la masiva pérdida de militancia. En particular, la actividad de Nikolai Kornilov como comisario de Agricultura ofrece una visión de lo que podría haber sido una estrategia mucho más efectiva para mantener el apoyo de los campesinos, en lugar de utilizar la «dictadura alimentaria» iniciada por los bolcheviques con espeluznante fanfarria en el mes de mayo. Éste es precisamente uno de los momentos en los que Rabinowitch evalúa posibles políticas alternativas.

El destino de la alianza, sin embargo, era no perdurar en el tiempo. El 14 de junio los bolcheviques expulsaron a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios de derechas del Comité Ejecutivo Central de los Soviets y procedieron a amañar las elecciones al Quinto Congreso de los Soviets. Cuando el 4 de julio éste dio comienzo, Trotsky rompió en amenazas hacia aquellos socialistas revolucionarios de izquierdas implicados en la resistencia contra los alemanes en Ucrania. Como resultado, el Comité Central de los eseristas de izquierdas tomó aquella tarde la desgraciada decisión de asesinar al embajador alemán en Moscú, con la esperanza de que esto provocase la reanudación de la guerra. Dos días más tarde, el asesinato fue llevado a término, en un acto que Rabinowitch califica blandamente como «desafortunado» o «impetuoso». El autor sigue la interpretación de Lutz Häfner en su obra publicada en 1994 titulada *Die Partei der linken Sozialrevolutionäre in der russischen Revolution von 1917-1918*, donde se afirma que los socialistas revolucionarios de izquierdas no siguieron adelante con su pretensión de organizar un levantamiento en Moscú, si por ello se entiende un intento deliberado de arrojar del poder al gobierno bolchevique. Más bien su intención era cambiar la política del gobierno, y, de este modo, sus decisiones posteriores, incluida la ocupación de edificios clave de la capital, fueron en defensa propia. Demuestra, asimismo, que la acusación bolchevique de que los eseristas de izquierdas habían planeado un levantamiento en Petrogrado no tiene fundamento. Aunque puede que los historiadores hayan calumniado a los socialistas revolucionarios de izquierdas, Rabinowitch es demasiado indulgente con su autodestructiva y ruinosa trayectoria, que parte de su obsesión por el Tratado de Brest-Litovsk. Insiste en que su actividad «ofreció a Lenin una excusa mejor de lo que hubiera podido esperar» para eliminarlos como rivales políticos e inaugurar la dictadura unipartidista. Pero esto nos distrae del aspecto fundamental, captado en el título pero sin desarrollar en el cuerpo del capítulo, sobre el «suicidio» de los socialistas revolucionarios de izquierdas, que fracasaron en la gestión de su creciente apoyo político, en aquel momento seguramente mayor que el de los bolcheviques

empeñados en imponer el racionamiento de alimentos, sin saber transformarlo en una oposición eficaz.

En la cuarta parte, titulada «Celebración entre el terror», se rastrea la actividad política desde julio hasta las celebraciones que conmemoraron el primer aniversario de la Revolución de Octubre, cuando Petrogrado proyectó al mundo una imagen de sí misma como la vanguardia de la revolución proletaria internacional. En esta parte de la obra, el interés se centra en el «terror rojo», que, según Rabinowitch, campaba por sus respetos en Petrogrado varias semanas antes de ser anunciado oficialmente: no se trataba, argumenta, de una respuesta inmediata al asesinato del jefe de la Checa de Petrogrado Moisei Uritskii el 30 de agosto de 1918 o al atentado contra la vida de Lenin la tarde de ese mismo día. Más bien, su motivación principal fue «asegurar la estabilidad política en un momento en que la ciudad estaba siendo despojada de sus fuerzas de seguridad». Según las cifras de los archivos del FSB, en la semana que siguió al 30 de agosto, la Checa de Petrogrado acabó con la vida de ochocientos «enemigos de clase» y la de Kronstadt con más de quinientos. Estas cifras no tienen en cuenta los rehenes o el enorme número de ejecuciones llevadas a cabo por los servicios de seguridad de los distritos o los grupos de trabajadores itinerantes. «El hecho de que el terror rojo explotase en Petrogrado con tanta furia, se extendiese tan rápidamente y fuera, en último lugar, más caótico que en Moscú o que en otros centros urbanos —afirma Rabinowitch—, se debió en parte a la violenta reacción de Zinoviev al asesinato de Uritskii e, irónicamente, a la impaciencia de un sector de los trabajadores de Petrogrado por saldar cuentas con sus supuestos enemigos construidos mientras Uritskii era el jefe de la Checa de Petrogrado».

Merece la pena meditar sobre esta interpretación, situándola en la más amplia historiografía sobre el terror. En la introducción, Rabinowitch explica cómo el debate central entre los historiadores acerca de la evolución de los primeros momentos del régimen bolchevique se basa en la importancia concedida al «estudio de los contextos y las reacciones a éstos, por oposición a la idea de una ideología revolucionaria bolchevique inmutable o a un modelo establecido de comportamiento dictatorial». La historiografía del terror rojo se estructura de acuerdo con estos modelos. Así, por un lado, están los historiadores que podrían denominarse «circunstancialistas», que tienden a considerar el terror como una respuesta, bien a las circunstancias inmediatas en las que se encontraron los bolcheviques, como, por ejemplo, la situación de la seguridad en Petrogrado en 1918, bien a la guerra civil, con su lógica política de polarización y su cultura embrutecedora. En líneas generales, los revisionistas de las décadas de 1970 y 1980 se adhirieron a esta línea. Frente a ellos están los historiadores que enfatizan la autonomía bolchevique y argumentan que el terror fue una lógica consecuencia de la naturaleza «totalitaria» de la ideología bolchevique o de la despiadada determinación de mantenerse en el poder a cualquier precio. Ésta es la perspectiva que prefieren



los historiadores más afines a la corriente «totalitarista», aunque de ningún modo es exclusiva de éstos.

En apoyo de los circunstancialistas, debe señalarse el hecho de que los bolcheviques no utilizaron el terror en los primeros momentos y que lo abandonaron casi completamente una vez terminó la guerra civil. En la década de 1920, el Estado soviético funcionaba sin necesidad de recurrir al terror, al menos en el centro de Rusia, aunque el uso de la coerción no controlada por la ley siguió siendo un elemento constituyente del orden político. El hecho de que los bolcheviques moderados fueran críticos con el terror sugiere además que la adhesión al mismo no era intrínseca a la ideología bolchevique. Además, la perspectiva circunstancialista se ve reforzada por el hecho de que durante la guerra civil se utilizó el recurso al terror por parte de todos los beligerantes. El terror blanco ha recibido menor atención que su contraparte roja, pero en Ucrania y Bielorrusia al menos 100.000 judíos perecieron a manos de los soldados rebeldes de Denikin y del nacionalista ucraniano Simon Petliura. Entre los más despiadados autores de estos crímenes estaban los «atamanes» de las zonas más orientales, el «barón sangriento» Roman Ungern von Sternberg, que dio rienda suelta a sus matanzas en las regiones de Amur y Ussuri, y Grigorií Semenov, quien se vanagloriaba de haber supervisado personalmente la tortura de 6.500 personas. En ambos bandos, la lógica del terror fue indiscriminada, causa y efecto de una brutalidad generalizada que afectó a todos los contendientes.

Finalmente, los circunstancialistas señalan que el terror fue también una respuesta a las tramas contrarrevolucionarias contra el régimen. Rabino-witch demuestra que el número de conspiraciones contra los bolcheviques no fue precisamente escaso, incluidas varias tramas preparadas con ayuda británica. Es importante recordar este hecho en un momento en el que ciertos historiadores posrevisionistas se ven tentados a considerar la «contrarrevolución» como una proyección de la inseguridad psicológica, un producto de la imaginación bolchevique o un mecanismo ideológico diseñado para reafirmar la unidad a través de la creación de un «otro» aterrador. Incluso siendo cierto que el terror de Stalin se dirigió hacia enemigos que en buena parte eran imaginarios, los enemigos de los bolcheviques en aquella época eran en su mayoría completamente reales.

No obstante, resulta muy insatisfactorio concebir el terror rojo como una simple respuesta al contexto. Los bolcheviques nunca ocultaron que consideraban la coerción como una arma legítima más del arsenal de la dictadura del proletariado. Ya en enero de 1918, Lenin advirtió que «hasta que utilicemos el terror contra los especuladores (disparándoles en el acto), nada cambiará», lo que provocó que el socialista revolucionario Isaak Steinberg preguntase por qué, si ése era el caso, él había sido nombrado comisario de Justicia. En otras palabras, el uso del terror estuvo siempre justificado en términos de principios y de conveniencia. Para Lenin, se trataba de un instrumento para la transformación revolucionaria conducenten-

te a la eliminación del enemigo de clase genérico. Esto ayuda a explicar por qué los esfuerzos periódicos por parte de los bolcheviques moderados para someter a la Checa a una mayor regulación eran rechazados sin apenas debate. Por más que mencheviques, anarquistas y demás advirtiesen sobre el daño que provocaba el terror en los ideales de la revolución socialista, sus escrúpulos «pequeñoburgueses» no producían sino mofa. Tratar este aspecto no supone refrendar los dramáticos llamamientos de aquellos que ven el terror como un torrente que mana de la supuestamente «totalitaria» lógica del marxismo. La obra de Martin Malia *The Soviet Tragedy*, en la que se caracteriza a la Unión Soviética como una «ideocracia», representa el *locus classicus* de esta perspectiva, cuyo objetivo es «recuperar la primacía de la ideología y la política sobre las fuerzas sociales y económicas [...] Rehabilitar la historia “desde arriba” a expensas de la historia “desde abajo”». Tal como demostró Peter Kenez en un importante artículo publicado en 1980, la desvencijada ideología de los blancos era perfectamente capaz de servir a los fines de la movilización contrarrevolucionaria. De igual modo, la ola de violencia nacionalista que barrió el Báltico y las llanuras húngaras en aquel momento, que acabó con decenas de miles de vidas, se inspiraba en poco más que en una defensa del «orden» contra la democracia y el comunismo, y en la hermandad de las trincheras.

Revisar los temas en liza en la historiografía del terror rojo supone poner de relieve las fuerzas y debilidades del enfoque general de Rabinowitch. En muchos aspectos, su libro es un bienvenido antídoto contra la tendencia de ciertos estudios recientes a exagerar lo determinante de la ideología hasta el punto de hurtar toda potencia a la complejidad de la determinación histórica. En este sentido, su esfuerzo es muy válido, pues demuestra cómo contextos tales como la crisis alimentaria, el desempleo masivo o la menguada militancia bolchevique definieron la agenda política del régimen y supusieron importantes obstáculos en su capacidad de acción, al tiempo que muestra con gran detalle cómo las contingencias y sucesos imprevistos dieron forma a su trayectoria. No obstante, cuando escribe que «ni la ideología revolucionaria ni un modelo establecido de comportamiento dictatorial resultan de mucha ayuda para explicar los cambios fundamentales en el carácter y el papel político del Partido Bolchevique o de los soviets en Petrogrado entre noviembre de 1917 y noviembre de 1918, aunque el impacto de ambos no puede despreciarse por completo», sin duda llega demasiado lejos y revela hasta qué punto su narrativa está anclada en el circunstancialismo que fue representativo del revisionismo de las décadas de 1970 y 1980.

Tras el colapso de la Unión Soviética, en parte ocasionado por el colapso de la confianza ideológica, aquellos que vilipendiaron a los revisionistas por restar importancia a la «autonomía de lo político» parecieron ganar puntos. No sería justo alegar contra Rabinowitch que, después de todo, está escribiendo una historia política y que la toma de decisiones políticas está situada en el centro de su narrativa. Sin embargo, la suya es

una política muy desprovista de visión utópica o deseo de cambiar el mundo. No existe discusión acerca de las ideas que inspiraron a los bolcheviques moderados, a los comunistas de izquierdas, a los socialistas revolucionarios de izquierdas o al propio Lenin, y menos aún sobre sus respectivas visiones sobre el socialismo. Ciertamente, Rabinowitch trata los dramáticos debates desarrollados entre los líderes bolcheviques acerca de ciertos temas, especialmente sobre Brest-Litovsk; pero da a entender que todas las decisiones políticas fueron similares a ésta, es decir, dictadas por las exigencias de las circunstancias o por *force majeure*. Apenas se vislumbra que ciertas decisiones de gran alcance, tales como la de disolver la Asamblea constituyente, establecer comités de campesinos humildes, amañar las elecciones a los soviets o llevar a término el terror rojo, tuviesen su origen en certezas ideológicas e incontrolables deseos de poder. Por otra parte, Rabinowitch rara vez se detiene a considerar si podrían haberse adoptado políticas alternativas con resultados menos perniciosos. Por este motivo, el autor no parece ofrecer una respuesta satisfactoria a su propia pregunta, planteada al comenzar el libro: ¿cómo un Partido Bolchevique flexible y democrático pudo cambiar tan rápido y convertirse en eje de un régimen centralista y autoritario? Aunque el libro ofrece una gran oportunidad para asomarse a los procesos y acontecimientos que conformaron esta evolución, la discusión sobre la importancia respectiva de la voluntad política y del contexto en la constitución de dicho régimen es posible que continúe.